

El último refugio de las prostitutas mexicanas

XOCHIQUETZAL

Texto: ANNUSKA ANGULO • Fotografías: BENEDICTE DESRUS



En el corazón histórico de Ciudad de México se levanta la Casa Xochiquetzal, un albergue para sexo-trabajadoras de la tercera edad único en Latinoamérica y tal vez en todo el mundo. Conseguir que las prostitutas tengan una vejez digna es el gran objetivo de este proyecto, puesto en marcha por una meretriz y que inició su actividad hace tres años. Xochiquetzal ha abierto sus puertas a un equipo de ZAZPIKA.

El albergue, un viejo caserón del siglo XVIII, se encuentra en el corazón del barrio de Tepito, situado en el extremo noreste del Centro Histórico de la ciudad de México. El Centro Histórico, así, con mayúsculas, es un hervidero de comercio, turismo, cultura y vicio, una ciudad en sí misma con su propia ley. Como una cebolla de piedra, tiene muchas capas de historia superlativa: es el centro urbano más grande de América, el más antiguo (debajo todavía se encuentra Tenochtitlán) y el mejor conservado, aunque esto parezca mentira cuando uno pasea por algunas de sus calles más sucias y deterioradas o las que están literalmente cubiertas de vendedores ambulantes. Tepito, cuya santa patrona es la Muerte, colinda con el barrio de La Merced, que tiene la dudosa fama de ser el prostíbulo más grande de Latinoamérica.



Canela, una de las residentes de la Casa Xochiquetzal, se dispone a pasear a su perro.



De izquierda a derecha, retrato de Jimena, preparando la residencia para la llegada de la Navidad



y Guadalupe, otra de las sexo-trabajadoras que reside en la casa.



En un típico ejemplo de discrepancia de cifras, los datos oficiales de la delegación (lo que viene a ser más o menos un municipio o un distrito) Venustiano

Carranza, a la que pertenece el barrio, dicen que son unas doscientas las mujeres que ejercen la prostitución en La Merced y, por otro lado, la Brigada Ca-

llejera, una asociación civil que apoya a las sexo-trabajadoras, dice que son unas 3.500. Un paseo por el barrio a cualquier hora del día corrobora el único da-

to comprobable: que son muchas y que las hay de todas las edades.

«Poca gente se imagina que hay trabajadoras sexuales de la tercera edad», dice

Rosalba Ríos, directora de la Casa Xochiquetzal. Las paredes de su oficina, una de las habitaciones que rodean el patio de la casona, están cubiertas de grandes retratos fotográficos de las habitantes. Este albergue para sexo-trabajadoras de la tercera edad es único en Latinoamérica «y, probablemente, en el mundo», opina Rosalba. Por eso están acostumbradas a recibir a periodistas, aunque, advierte Rosalba, «son duras de pelar y cuesta ganarse su confianza. A Benedicte –autora de las fotografías de este reportaje– la adoran; ella ha sabido ganárselas».

La casa tiene un portón enorme, como para que entren los coches con sus caballos, que da paso a un patio cerrado con dos caballerizas, una en frente de la otra. Después, el patio se abre rodeado por dos pisos de habitaciones. Alrededor del patio con fuente viven una docena de señoras: son las habitantes de Xochiquetzal, ancianas con aspecto de dulces abuelitas que un día fueron prostitutas de La Merced, de la calle Loreto, de la Plaza de la Soledad, de la salida del metro Portales y de Xochimilco.

La casa era el Museo de la Fama, dedicado a los campeones del boxeo mexicano, un deporte muy arraigado en el barrio de Tepito, donde todavía se encuentra uno de los gimnasios de box más famosos de la ciudad.

«La iniciadora del proyecto fue Carmen Muñoz, una sexo-trabajadora que tenía compañeras de la tercera edad en situación de calle», cuenta Rosalba. Carmen se acercó a Maya Goded, fotógrafa mexicana que estaba haciendo un trabajo sobre la prostitución en La Merced, para pedirle ayuda. A través de Maya, Carmen conoció a tres mujeres importantes en México: Jesusa Rodríguez, actriz y directora de teatro, activista social y feminista, defensora de la diversidad sexual; Martha Lamas, antropóloga, autora y feminista, iniciadora del grupo GIRE para la planificación familiar y a favor del aborto; y Elena Poniatowska, célebre escritora mexicana. Y, a su vez, ellas se acercaron al Gobierno de la ciudad, por aquel entonces dirigido por Manuel López Obrador. «Así empieza la historia», relata Rosalba, como si fuera uno de los boleros que se escuchan casi todas las mañanas en la casa.



Canela se sienta en su cama tras ser conectada al tanque de oxígeno por un problema de salud. En el centro, una niña visita a Reyna en el patio de la casa y, a la derecha, una de las residentes ajusta el crucifijo que preside su habitación.



De izquierda a derecha, Pati da de comer a Consuelo, Canela es atendida en un hospital del Gobierno mexicano y María Luisa y Conchita, en el funeral de una residente de la casa. Abajo, Paola maquillándose (izquierda) y Consuelo fumando (derecha).

Se les cedió la casa en comodato. Las apoya el Instituto de las Mujeres del Distrito Federal (Inmujeres) y Semillas, una asociación civil pro-derechos de la mujer, administra los donativos.

La casa llevaba muchos años abandonada: era un basurero donde dormían vagabundos y perros. Fueron ellas mismas las que desescombraron el lugar, las que lo limpiaron y arreglaron y las que dieron la lata para que fueran electricistas y fontaneros. Y también fueron ellas las que pusieron plantas y un altar a la virgen de Guadalupe.

La bautizaron con el nombre de Casa Xochiquetzal, una denominación de evidentes raíces aztecas. «Mujeres alegres» es una traducción literal de la palabra náhuatl *ahuianime*, que también signifi-



ca «La que huele bien». Las ahuianime eran las prostitutas prehispánicas, mujeres que intercambiaban sus favores por productos de valor en la sociedad azteca. Aunque se sepa poco de ellas, existieron, sin duda. Tenían sus propias diosas: Xochiquetzal (literalmente “Flor-pluma”), el aspecto divino de los placeres de la carne, y Tlazolteotl, la diosa de la basura, devoradora de inmundicias ante la cual los hombres confesaban sus pecados.

Después de varios meses de trabajos, en 2006 se abrió el albergue de manera oficial. Rosalba, psicoterapeuta especialista en grupos vulnerables, llegó unos meses después como voluntaria a impartir terapia de contención todos los sábados. Y, un año después, le ofrecieron ponerse al frente del proyecto.

Alrededor del patio últimamente viven más o menos una docena de señoras. El número de habitantes varía notablemente mes tras mes, semana tras semana, así como sus ánimos. Hay días alegres en los que dos o tres de ellas hablan sobre sus vidas, muestran sus habitaciones y se ponen a tejer conmigo. Mi estrategia para conocerlas ha sido el tricot: vengo cada semana con agujas y estambre que reparto entre las interesadas. A medida que se sueltan las manos, se van soltando también las lenguas. Muchas ya saben tejer y las que no saben se acercan hipnotizadas por el ritmo del punto.

Es difícil, tremendamente difícil, pensar que estas venerables ancianas en algún momento hayan ejercido la



prostitución en la Merced, en la calle Loreto, en la Plaza de la Soledad, en la salida del metro Portales o en Xochimilco. Lo que impresiona, sobre todo, es que estén vivas después de haber sufrido una vida tan perra de la que prefieren no hablar.

En la calle se habla de la casa Xochiquetzal y hay sentimientos encontrados. Para algunas, es el último lugar. «Ni muerta –dicen–. Yo, cuando termine aquí, me voy con mis hijos». Pero para las que no tienen hijos o no quieren saber nada de ellos, para las que ya no tienen nada más que un banco en el parque para vivir, la Xochi es una alternativa. «Luego llegan algunas con mucha desconfianza», se lamenta Rosalba, «pero, poco a poco, se van quedando».



Canela descansa en la cama de su habitación. Abajo, imagen de la Santa Muerte, que es venerada en México como una divinidad.

do, porque lo que encuentran aquí es, después de todo, una vida digna al final del camino».

En la Xochi, lo primero que se les da es una identidad como ciudadanas, ya que muchas llegan sin un acta de nacimiento. Se les hace su credencial de elector (el equivalente al DNI) y tratan de que ejerzan sus derechos como mexicanas de la tercera edad, como el acceso a servicios médicos gratuitos.

Se les ofrece tres comidas al día, pero tienen la obligación de limpiar sus cuartos y a sí mismas. Se turnan para los trabajos colectivos, entre los que figuran limpiar los baños o la cocina.



Además, deben asistir a cursos y talleres que fomentan el respeto a una misma, donde se habla sobre los derechos humanos y la autoestima. Hay un horario de entradas y salidas, y las peleas tanto físicas como verbales están terminantemente prohibidas. Si se rompen las reglas, la consecuencia es la expulsión temporal o definitiva, dependiendo de la gravedad de la falta.

Cualquier tema de importancia para la comunidad, cualquier desagravio, se puede discutir en la junta semanal de los lunes, en la cual, además de asuntos serios como, por ejemplo, la bronca que hubo porque una le robó el estropajo de

lavar trastos a la otra, también se comenta animadamente cuestiones como las telenovelas, los novios y la ropa.

Se supone que para cualquier persona acatar estas reglas mínimas de convivencia es algo natural, que se hace sin ningún esfuerzo, pero «pero a ellas, que han vivido toda su vida en la calle, les resulta muy difícil. En la calle, bien que mal, no tienen que obedecer a nadie. No existen reglas. Las reglas no les gustan».

Por ese motivo, el reto más difícil de Rosalba es conseguir que las habitantes convivan. La calle las ha hecho desconfiadas y agresivas, tanto que por cualquier nimiedad puede explotar una es-

pectacular pelea entre señoras. Por lo tanto, Rosalba trata de establecer algunas reglas mínimas de convivencia y de solidaridad. «Las señoras tienen sus propias versiones de estos dos conceptos; no es que sean sociópatas incapacitadas para convivir o que no sepan compartir lo poco que tienen con sus amigas, sino que el problema es que la agresividad está instalada en ellas como consecuencia de tantos años en la calle».

El albergue saca a las señoras de Tepito, pero no puede sacar a Tepito de las señoras. Antes de que Rosalba llegara, dirigía la casa Carmen Muñoz, la sexo-trabajadora que originó el proyecto.

Carmen ya no ejerce la prostitución, pero todavía visita a sus compañeras de la plaza Loreto casi todas las semanas. «En la calle no tengo que fingir», dice.

Concertamos una cita en el Café Popular, a la que llega puntual. Quiero saber por qué no sigue trabajando en el albergue. «Estábamos en algo que no conocíamos. Éramos de la calle y, de pronto, nos vimos coordinando un proyecto con diferentes instituciones. La labor era muy difícil», relata emocionada. «Yo me puse muy mala, enfermé». Hubo varias broncas, malos tragos, peleas feas... La cosa es que, desde que no está Carmen al frente, cada vez menos mujeres quieren vivir en la casa. Carmen tiene mucho carisma. En otra vida tuvo que ser relaciones públicas, porque es poderosamente convincente. «Rosalba es buena en su trabajo, pero no es una de las nuestras. Ella no puede entender a una sexo-trabajadora», señala.

Poco a poco, semana tras semana, van saliendo las historias, que sorprenden por su variedad. Canela cuenta que se vino de Oaxaca sola, a los 11 años, aunque otro día la historia cambia y sitúa la huida a los 16. En cualquier caso, se marchó de su casa porque su padrino la maltrataba, había demasiadas bocas que alimentar y, seguramente, nadie la extrañó cuando se vino sola a la ciudad.

A otra la engañaron, a otra la secuestraron, a otra la vendieron... Todas tienen hijos, nietos, maridos que vinieron y se fueron. Las hay que todavía trabajan, «porque a ellos les da igual que una esté vieja: vienen a que les saques los mocos y ya». Las hay enfermas de sida y muchas tienen diabetes. Hay historias de alcoholismo y drogas y, sobre todo, de pobreza, de la que nunca han podido salir. Todas ellas ambientadas en un escenario cargado de historia, como es la Plaza Torres Quintero, una plazuela tan salvajemente ocupada que apenas se distinguen los edificios a través de los puestos. Si se pudiera ver algo más allá de la mercancía china, sería una plaza preciosa, con la iglesia de San Sebastián, de tezontle, la piedra volcánica de color granate característica del Centro; un edificio afrancesado de principios del siglo XX pintado de azul; y también una casa antigua, hermosa y señorial, que es la Casa Xochiquetzal.